

## CONSECUENCIAS DE LOS PORTAZOS

Es a toda prisa que los números de la ciencia se abalanzan sobre los acontecimientos: desde cualquier altozano podemos observar cómo bandadas de cifras cada vez más numerosas sobrevuelan los más variados campos del saber, abatiéndose sobre los hechos y persiguiéndolos muchas veces hasta acorralarlos e inmovilizarlos en sus más recónditas madrigueras.

El resultado de esta pugna viene siendo fructífero y prometedor y constituye un importante basamento de nuestra humana condición: cada episodio del enfrentamiento entre el saber y la realidad abre sucesivos horizontes de optimismo, el botín de los datos recientes invita a acrecentar la confianza en los progresos de la vida futura: ya pueden prepararse las cuitas y las supercherías agazapadas en cualquier cruce de caminos y que tan terca y desvergonzadamente incomodaron a nuestros mayores. Por ejemplo los satélites amarillos –sin ir más lejos, en las faenas de la última marea– han capturado otra precisión: una casa no ha de certificarse como abandonada hasta que una puerta o una ventana se haya golpeado veintisiete veces en veinticuatro horas. Un adelanto

pequeño, modesto si se quiere, pero encaminado a facilitarnos el intrincado día a día igual que todos los demás.

En cuanto acontece el vigésimo séptimo impacto, el edificio entero conoce el aldabonazo definitivo y cede de una vez el paso a las fuerzas que vigilan, hace tiempo y bien de cerca, la casa sospechosa.

Se desencadena la invasión.

A partir del estampido crítico prenden por fin y se enseñorean ahora confiadas las intrusas malas hierbas de otros tiempos. Entre los escalones y en los aleros de ventanas y tejados lanzan su espiguilla los más perspicaces helechos. En los jardines caen engullidas las últimas flores domésticas. Jóvenes observadores cuánticos de la Universidad de Oxford han observado encrespase a la maleza mientras asaltaba violentamente el último muro y se han asustado como cualquier paisano de este repente sobrecolector. Cambridge no se ha hecho esperar y ha respondido con la grabación del susurro profundo que barre toda resistencia organizada, el estribillo de fondo de la vida que –acaso deberíamos maravillarnos– coincide con ese fragor remoto que los radiotelescopios acercan desde el episodio antiguo y estruendoso del nacimiento del universo.

Entonces los duendes de la casa se saben desahuciados y huyen. La triste algarabía, el desorden infantil de sus trompicones, abandonando de un golpe su casa y su misión, enciende el llanto de los niños del vecindario, los únicos con

el oído tan intacto que todavía es capaz de percibir semejante trapisonda. Detrás, impacientes, ríen las zarzas.

Las arañas huelgan entonces su anterior precaución y, como desmelenados trapeceistas, se entregan a apasionantes tejemanejes en el campo recién abierto. Los mirlos anidan en las habitaciones del mediodía, con sus piquitos anaranjados bien abiertos, finalmente ufanos del partido que han acabado por sacarle, ellos también, al jaleo de sus relaciones con el cuco, el correoso e incansable maestro de aritmética de los habitantes del bosque y al que le deben el haber aprendido a contar veintisiete antes que muchos otros pájaros.

Esa noche, en la esquina más recóndita y oscura, duermo por primera vez un murciélago explorador.

Se instauration entonces un nuevo equilibrio ecológico. Los animales domésticos escapan a toda prisa, lanzados de nuevo al océano abierto de la naturaleza.

Si un día ventoso sorprende a un confiado que, solitario y olvidadizo dejó mal cerrada la última ventana y ésta entrechocó los golpes de rigor, se produce un gran desbarajuste.

Al volver el inquilino –este fenómeno se ha comprobado característico de gente alquilada, de ahí las escarmentadas advertencias de los caseros– la rebeldía del ambiente no es cosa que se pueda ignorar: a la primera de cambio, el grifo escupe con intempestivo entusiasmo, variopintos insectos se lanzan encelados contra los cristales, las perchas –si acaso se pretende algo de ellas– se aferran como si tuvieran

manos a la barra; todo es un ir y venir de duendes indecisos que andan de aquí para allá revisando y comprobando y uno tropieza aquí y allí, en la esquina de la alfombra, de arriba la mesita del teléfono, raspa en el respaldo de la silla. Mientras, los más habituales interruptores parecen haberse escondido y al dar con ellos se funden los plomos al pulsarlos de la manera más acostumbrada. Todo son pegas, respingos y trompicones a lo largo del día entero.

Para que todo vuelva a ir bien hay que hacer la cama, limpiar el baño y la cocina y bajar la basura; así el duende correspondiente certifica una falsa alarma y –de una manera tan sigilosa que todavía no se conoce con detalle– comunica a los interesados la restauración de la normalidad.

Como una resaca, todos vuelven a sus antiguas posiciones. La hiedra detiene su actividad y aplaza sus pretensiones, la polilla se fuga a toda prisa para no ser tomada por arribista o descuidera, siempre preocupada como está por el qué dirán. El murciélago, disgustado como una *primma donna* al saberse el actor de mayor rango implicado, marcha furioso, no sin antes depositar un pájaro muerto en la puerta principal –acto que intriga a etólogos de todas las escuelas, ni siquiera el propio Irenaus Eibl-Eibesfeldt ha propuesto a día de hoy una explicación juiciosa– y desaparece, dispuesto sin duda a continuar sus expediciones por otros pagos.

De esta manera la vivienda se hace dócil y amigable otra vez.

Eso sí, al día siguiente el mosquito inspeccionará al olvidadizo para identificarlo a través de los más minuciosos análisis.